

decimientos de aquellas inocentes criaturas.

Ahora bien, me direis, ¿y qué conexión tienen la tía Merodeo y sus crias con vuestra relación? Vais á saberlo: Dios me es testigo de que no he entrado en estos detalles por murmuración. Además, la mala mujer ha muerto ya, y el señor la perdone los gritos que hacia dar á sus hijos de leche, como Juan y yo la perdonamos las peras que nos robaba.

## CLVIX.

Ya os digo, señorita Genoveva, que habia parido un hermoso niño, aunque algo delicado como yo, y que habiéndose despedido la comadre de nuestra casa para su pueblo, yo estaba sola hacia tres meses, dando de mamar á mi hijo, esperando á mi marido, y gozando de antemano con el placer que le causaria. El niño medraba que era una bendición, bien es que yo tenia leche para criar á dos. La mitad del dia andaba paseándole por el jardin, y tirándole á lo alto con mis brazos estendidos, para volverle á recibir en mi seno.

Muchas veces, al dar aquellos paseos por el jardin, me acercaba hasta el peral, desde donde oia llorar de sed ó gritar á una hermosa criaturita de seis meses, que la tía Merodeo habia traído unos dias antes de la ciudad, haciéndose pasar por ama de cria. La perversa, la embustera, que le daba únicamente la leche sobrante de su cabra, esto es, la que no querian los cabritos!

Por otra parte, gastaba los dias enteros en hacer su comercio y recoger su mies, saliendo por la mañana y no volviendo hasta que el sol se habia puesto; de suerte que, durante todas estas horas, el pobre niño que habia quedado envuelto en su cuna, no tenia otra compañía que la del cerdo y el perro. La cabra era más compasiva que la mujer. Siempre que volvia de pastar se iba ella sola á donde estaba la cuna, y se ponía atravesada encima de la criatura para que la mamase; pero todo lo demás del tiempo no tenia á su lado el angelito mujer ni cabra; dormía ó gritaba desde lo interior del patio, pareciendo una queja que se exhalaba ella sola entre pare-

des aisladas. ¡Es lo más triste del mundo, señor, aquel gemido continuo y desesperado, de una voz que llora en la soledad de una casa, sin que nadie la oiga!

## CLX.

Sin embargo, yo la oia; la oia mucho y cuantas veces sonaba, hasta que ya no pude más. De pronto se me ocurrió: ¡Dios mio, si fuese mi hijo me alegraría de que una vecina, enternecida por su necesidad, le diese un poco de la leche que le hace falta; y ya que no fuese otra cosa, que le hiciese una visita para alegrar un poco sus tristes ojos!

Cierto dia por la tarde, en que ya no debia volver la tía Merodeo, y la criatura lloraba más que lo de costumbre, cogí á mi niño dormido en mis brazos, me adelanté temblando hacia el peral, subí sobre la peña desde donde se va al patio, y bajé á él sin zapatos y con intención de consolar á la infeliz criatura!

¡Ah, qué muchacho tan hermoso me encontré! Pero á fe que vos mismo podeis juzgar, pues el muchacho era Joaquin; el que, si bien ha crecido mucho desde entonces, conserva sin embargo, la misma cara, con los mismos cabellos, aunque solamente un poco oscurecidos estos por el humo consiguiente á las operaciones del oficio de su padre.

Tenia destapados los brazos, como si hubiese querido espantar las moscas que le chupaban la poca sangre que le restaba; pero en el momento de verle me los tendió, pareciendo pedir que le tomase en los mios. Hizo una caricia á mi niño y balbuceó algunas palabras; era cosa de creer que queria hablar. Aquello me llegó al alma. Dejé á mi hijo al pié de la cuna, tomé á Sebastian en los brazos, jugué con él, y por último no pudiéndome contener, tal eran la pena y el placer que me causaba su hermosa cara, abrí la manteleta, y le di de mamar hasta que se satisfizo. Si hubiérais visto, Genoveva, ¡qué alegría, qué gozo, qué embriaguez la de aquel niño hambriento, qué palmaditas, qué pataditas daba con

sus lindos piés desnudos sobre mi pecho! Me hice cuenta de que iba á beberme toda entera. Y sin embargo, me causaba tal gozo esto de verle satisfecho una vez en su vida, que no se me ocurrió siquiera reservar alguna leche para mi hijo. Pero Dios es Dios, como dice Juan; donde hay para uno hay para dos.

Después que se hartó de mamar le volví otra vez á su cuna, le coloqué á la sombra del peral junto con mi niño, y yo me estuve haciéndoles compañía á ambos hasta la postura del sol, ora procurando el sueño, ora jugando con ellos, y finalmente poniéndoles al pecho juntos. Concluido esto lo puse todo de la misma suerte que lo habia encontrado, y me salí sin hacer ruido tan pronto como sonó la campanilla de su asno, que venia ya caminando hácia la casa.

¡ Ah, qué día pasé yo tan delicioso, y con cuánta satisfacción me quedé dormida! No obré mal, ¿ verdad que no? por más que me tomase la licencia de pasar al patio y á la escalera de mi vecina, sin contar con ella.

— ¡ Oh! no, — contestó Geneveva, — me parece que no hicisteis mal.

## CLXI.

Pues aquí teneis la operacion que no dejé de practicar un solo día durante dos meses, y dos ó tres veces cada día. ¡ Cómo medraba el niño! Al revés de otros de los que se dice que les chupan las brujas, por la noche, cuando están muy delgados, parecia que este mamaba de las brujas, durante su sueño.

Por mi parte, se me figuraba que tenia dos hijos en vez de uno, y que mi corazón se dividía entre el uno y el otro. Siempre habia oido que el niño se injertaba por la teta sobre la mujer estraña, á la manera que el fruto de otro árbol se injerta sobre las ramas de los de nuestro jardin; aunque jamas habia querido creerlo. ¡ Ah, y cuánto lo creo ahora! Tan pronto como me tocó en el pecho con su linda boquita de color de rosa, aquel niño abandonado que no queria soltarme, semejante al cordero que no quiere soltarse de la

oveja, por mas que le tiren de la pata, y después de experimentar que el dulce calor de mi cuerpo y el del suyo se incorporaban sobre mi corazón, como para calentar una cuna viva á aquel desgraciado caído sin nido sobre la tierra, y por último, cuando al formar mi leche un arroyuelo sobre sus labios, decia yo interiormente: « Esta vida que va á estenderse por todo el niño, y á crecer al paso que sus miembros infantiles, es mi vida, ¡ ah, estaba á punto de querer á aquella criatura con tal vehemencia como si hubiese salido de mis entrañas! La leche constituye un parentesco, no lo dudeis, Geneveva; se cree una su madre, después de haber dado de mamar á un niño por algun tiempo, con tanto fundamento casi, como la que le ha llevado en su seno nueve meses!

Pues esto cabalmente era lo que pasaba por mí, respecto de aquel niño, llegando al extremo de que cuando me despertaba por la noche, y oia soplar la brisa en los árboles, ó llorar y gemir el agua en el fondo del barranco, debajo de la casa, siempre me parecia que era el niño que me llamaba á gritos. Me estaba contando todas las horas que trascurrian, hasta que la tia Merodeo salia con su asno para el valle; esperando que llegase el momento de ir á ver, acariciar, mecer y dar de mamar á su niño.

## CLXII.

¡ Ah! De esto se originó mi desgracia. Quería con exceso á aquel ser inocente; Dios me castigó por ello. Vais á oír lo que no he dicho á nadie mas que á la tia Merodeo. Ahora podría ocultarlo para siempre si este fuese mi ánimo, puesto que aquella mujer ya ha muerto; pero quiero mejor confesarlo todo para descargar una vez la conciencia.

Un día de primavera, ¡ ah! ¡ un día fatal (creedlo Geneveva) me habia puesto á jugar desde muy temprano con mis dos niños sobre la roca vestida de musgo y de flores; que domina, segun ya os he dicho, el patio y la escalera de la tia Merodeo. Tenia las piernas colgando hácia la parte del precipicio; pero no habia re-

parado en ello, pues nosotras por lo mismo que hemos nacido al borde de aquellos abismos, á semejanza de las ramas que crecen sobre las laderas, y que se mecen por sus raíces, no andamos ni aun con la menor precaucion. Habia colocado los dos sobre mis rodillas para que jugasen juntos, al sol, en mi delantal. Me causaba un placer inesplicable el ver cómo se abrazaban, se asian, se separaban, se unian, se miraban, se reian uno de otro, lo mismo que dos cabritos blancos, entre las piernas de su madre, y yo les escitaba á jugar mas, haciéndoles guiños con la frente, con la boca y con los dedos.

## CLXIII.

Hubo, sin embargo, un momento en que me distraje, y aprovechándose de él, la cabra de la tia Merodeo, que daba tambien de mamar al niño, salta de la pared del patio á la roca, como en celada de que le quitasen la cria, y embiste conmigo á topetadas, golpeándome el pecho con sus cuernos. Entonces, al mismo tiempo que echo mis dos manos para defender mi cara, hago un movimiento involuntario con mis rodillas, que se entreabren y dejan caer á los dos niños, rodando por mis piés desde la roca abajo, primero con lentitud, despues aprisa, muy aprisa, de mata en mata, de arbusto en arbusto, hasta lo profundo del barranco, en donde habia un anchuroso estanque! Me levanto al punto, doy un grito, estiendo los brazos al cielo, inclino la cabeza sobre el precipicio procurando ver el fondo, suplico á todos los ángeles del cielo que coloquen milagrosamente una piedra, una raiz, cualquier obstáculo en que puedan tropezar y detenerse sobre la ladera, mis pobres niños, antes de caer al agua, donde deberian ahogarse! Yo misma me descuelgo, asiéndome con las plantas de mis piés descalzos y con las uñas de mis dedos á las yerbas y á la arena, para descender al fondo antes de que ellos cayeran. ¡Ah! ¡era demasiado tarde! Uno de los cuerpecitos me hace oír el mismo ruido que una piedra pesada al caer en el agua; el ramaje no me permite ver cuál de los dos es.

¿Será el mio? ¿Será el otro? ¿No será ninguno? En esta duda horrible me desmayo, ruedo yo tambien al fondo, donde el frio del agua me devuelve el sentido, ya en el cauce del arroyo, inmediato á mi pobre niño ¡al mio! ¿lo ois? ¡ya no respiraba! ¡se habia ahogado en un minuto!

Pero delante de mí estaba el otro; el otro que veis, el de la tia Merodeo, que, habiéndose quedado suspendido de un arbusto por las piernas, semejante á un pájaro cogido en una ballesta por la pata, me miraba y se reia el pobre inocente.

¡Ah! señorita Genoveva, dijo Lucía al llegar á este pasaje de su historia, levantando con las dos manos su delantal y tapándose la cara, permitidme que continúe hablándoos acerca de esto! Mis lamentos, mis lágrimas habrian partido la roca durante todo aquel dia, si las piedras tuviesen corazon. En una palabra, el hijo de Juan y el mio habia muerto, y el niño extraño vivia aun. ¡Pobrecito Moises, contenido por los juncos como el de la Biblia de mi marido!

¡No tenia otro remedio que alimentarle, supuesto que vivia, lloraba y me pedia la teta! Se la di en efecto. Verdad es que no le habia perdido el cariño á pesar de la desgracia de que habia sido causa; pero, ¡ni él ni yo teniamos la culpa!

## CLXIV.

Llamé dos niños de la vecindad, y les encargué que llevaran á la parroquia al mio ahogado; solo yo he sabido hasta ahora de lo que habia muerto. Esto consiste, en que se hace el mismo caso en nuestras aldeas, de un niño de cuatro meses, cuando muere, que de una mosca desprendida del cristal á la entrada de los hielos. Le dan sepultura en el cementerio, sin haberse tomado la molestia, si quiera, de averiguar su nombre.

Es decir, que me quedé sola, sola; sola, sin la compañía de Juan en la cama, y sin la de mi hijo en la cuna. ¡Oh! ¡Entonces si, que me parecieron largos los dias, y las noches interminables!

## CLXV.

Otra consideracion me obligaba á estar muy apurada: la de mi pobre Juan, que esperaba encontrar, cuando volviese, á su hijo tan deseado sonriendo en mis brazos! Se me ocurría, ¡ qué va á decir! ¡ Creerá que he tenido yo la culpa! ¡ No me querrá tal vez cuando me vea las manos vacías! ¡ Y luego ese pobre niño de la tia Merodeo! si no le doy mas de mamar, se me retirará la leche, y el pecho se me secará como una yerba sin agua. ¡ Le quería tanto despues del mio, que no sabia como hacer para consolarme de la pérdida de los dos, siendo así que no podia de la de uno!

Por esto, pues, no cesaba de ir y venir durante el dia, con mi pena y todo, á dar de mamar al niño de la tia Merodeo, y á hacerle tristes caricias.

## CLXVI.

En esto, se iba acercando el tiempo de que Juan volviese, y era preciso resolver algo: entonces me ocurrió una idea que no se separaba de mi imaginacion y que parecia un mal sueño. Pero fuese lo que quisiera, lo cierto es que se apoderó de mí de tal manera, que estaba hecha una loca y no pensaba en otra cosa. Por último, esta misma locura me dió un valor y una resolucion, que yo no habia tenido hasta entonces para ninguna cosa de este mundo, y que no he vuelto á tener despues. Me propuse llevar á cabo mi plan, costase lo que costase. Hé aquí de qué manera:

Pasé á ver á la tia Merodeo y la dije:

— Quiero que me vendais vuestro niño, una vez que el mio ha muerto. Tengo leche, cuidaré de él, y haré que pase á los ojos de Juan como su propio hijo. Vos poneos punto en boca, y no digais una palabra á nadie. En cuanto á los niños que han llevado al mio á enterrar, yo les encargaré que no hablen de esto nunca á Juan. La parroquia está lejos, el cura ha muerto. Por otra parte, ningun-

no se tomará la molestia de venirle á hablar de su hijo; y si esto pudiera suceder alguna vez, será ya despues de mucho tiempo, cuando Juan haya tomado cariño á Joaquin y no piense en separarse de él.

— Nada hay imposible en el mundo, dijo la vecina; el dinero lo puede todo. ¿ Cuánto me dareis por mi niño? ¿ Y por guardaros el secreto, cuánto me vais á dar?

Sentadas en su patio sobre la albarda de su burro, concluimos el ajuste, mientras comian los animales un poco de heno que habia robado la tia Merodeo. Fue así:

Dejé á su favor los seis francos mensuales de la Inclusa, como cuando tenia la obligacion de alimentar y vestir al niño, conviniendo en prestársele siempre que se le pidieran las madres de la Inclusa para asegurarse de su existencia. Además, para que guardase el secreto, convine en darle todos los años, graciosamente, tanta fruta cuanta produjese el peral que habia en nuestro jardin, inmediato á su casa, y por el que nos tenia tanta envidia y cometia tantas acciones malas. Y finalmente, se estipuló, que esto último sería por todo el tiempo que estuviese sin dar parte de nuestro arreglo á Juan ni á alguno otro.

Terminado el contrato, la di señal, y me traje á mi casa el niño enteramente desnudo, dejándola á ella la cuna y la ropita. Yo bien sabia que obraba mal, pero esto, no obstante, me despedí mas contenta de la tia Merodeo que si me hubiera encontrado un tesoro. Nunca habria podido imaginarme que una obra de caridad ocasionase tanto placer.

Verdad es, que tampoco me olvidaba del disgusto y la afliccion que iba á evitar, obrando de este modo, á mi querido Juan.

## CLXVII.

Todo salió al pie de la letra, segun lo habia ideado. Encontrándose Juan con un hermoso niño en mi seno, cuando volvió, no tuvo en qué fundar la menor sospecha, y le cobró el mismo

afecto que si fuera suyo. Habeis de saber, Genoveva, que la cabeza tiene dos ojos, mientras el corazon ni uno solo. Ama lo que se le hace amable, sin averiguar cómo se llama, ni examinar la partida de bautismo.

De este modo han trascurrido nueve años; sin que en todo este tiempo me haya dado Dios otro hijo. Mi marido ha enseñado su oficio á Joaquin, habiendo empezado á llevarsele, desde hace un año, á donde quiera que él va.

Veamos pues, ¿qué queriais que yo hiciese al ver engañado á mi pobre Juan hasta en el artículo de la muerte, y que iba á desheredar á sus verdaderos parientes dejando su casa y sus bienes á un extraño? Me veia en el caso de tener que confesar la verdad, á menos que no temiese presentarme un dia delante de Dios como una ladrona. ¡Oh, no! Engañar el corazon de un hombre para felicidad suya, enhorabuena; pero eso de robar, sin ánimo de restitution, á una pobre familia lo que le pertenece, ¡jamás! Y si no, colocada vos, en mi lugar, señorita Genoveva, ¿qué habriais hecho?

—¿Yo?— dijo Genoveva, dirigiendo una mirada cariñosa sobre el niño;— habria hecho otro tanto que vos, lo conozco; habria cometido el hurto del niño, y habria entregado la herencia á los parientes.

Solo que ahora no se trata de eso,—continuó hablando quedo á Lucía, y llevándosela á un rincón del cuarto;— ¿si tuviérais noticia de la persona á quien pertenece en realidad el niño, se le entregaríais del mismo modo que habeis querido entregar la herencia de vuestro marido á su familia?

—¡Ah, señora!— exclamó Lucía tendiendo los brazos al cielo,—no podria hacerlo enteramente por mucho que quisiera. Lo único que yo podria dar á quien le perteneciera seria su cuerpo, pero su corazon ya conoceis que seria imposible.

Genoveva, no apartándose nunca de su imaginacion la idea de aclarar mas y mas el misterio del origen del niño, y de encontrar en Joaquin al hijo de Pepita, llamó aparte á Lucía, se sentó á su

lado en el último peldaño de la escalera, pidió al niño el pelo y las otras prendas de reconocimiento que llevaba al cuello, dentro del estuche de estaño, las fué poniendo sobre las rodillas de Lucía, y despues de suplicarla á esta que la escuchase, empleó mas de dos horas en contarla su historia y la de su hermana, esforzándose, segun pude colegir de los gestos de las dos mujeres, por convencer á Lucía de los derechos que tenia, en razon del parentesco, á la posesion del niño. La jóven no despegaba sus lábios; sino que parecia convencida y aplanada al mismo tiempo, con el discurso de Genoveva.

Llegó por fin el momento de levantarse ambas para volver á subir; pero con esa actitud propia de personas que cuanto mas reflexionan, mas indecisas se hallan sobre el partido estremo que les conviene tomar; lo cual fué para mí indicio seguro de que la conversacion misteriosa, aun cuando sirvió para agitar todo cuanto habia en el alma de las dos mujeres, no tuvo resultado definitivo.

## CLXVIII.

Yo habia estado observando, sin quitar ojo, lo uno porque no tenia otra cosa que hacer, y lo otro porque mi corazon se interesaba en ello, los movimientos y la conversacion de Lucía y Genoveva. Sentado en mi cuarto, inmediato á la ventana, leia unas veces y miraba otras lo que pasaba en la escalera; advirtiendo que, por momentos, se iba complicando mas y mas aquel drama. Sin embargo, no tenia noticia de otros sucesos que embrollarian mas la situacion de aquellas dos mujeres, respecto la una de la otra.

Despues de un rato entró en mi habitacion mi amigo el médico. Traia marcado en su semblante la noticia favorable de un suceso imprevisto, y el gozo anticipado que iba á disfrutar comunicándole.

—El enfermo que me recomendaste, se ha salvado,— me dijo sonriendo;—pero temo que su pobre mujer haya de mezclar algunas lágrimas de tristeza, á las lágrimas de alegría derramadas por

la milagrosa conservacion de su marido, y temo tambien por los ojos de Genoveva.

—¿Pues qué hay?—le pregunté alterado.  
—Atiende,—me contestó sentándose,—ocurre una novedad en la Inclusa, á donde voy á visitar todas las mañanas.

Es el caso, que la superiora, mujer virtuosísima y sumamente afecta á los desgraciados, me ha hecho subir despues de la visita para hablarme de la esposicion misteriosa de un niño, acaecida hará cosa de nueve años; de cuyo niño se propuso hacer perder las huellas, la administracion de justicia, bárbara y pagana en este punto, con el objeto de que la madre natural cuanto ilegítima, no las encontrase nunca; resultando ahora, que efectivamente, la familia del padre se afana en vano buscándole. Pero es el caso, que en todo esto se halla complicada, á lo que parece, una hermana de Genoveva, niña encantadora, célebre en el pueblo por su belleza y por su muerte precoz. Y hay tal empeño en descubrir el paradero de aquel niño perdido si existe, y reclamarlo en nombre del padre, jóven militar, muerto en la primera accion en que se halló, que con objeto de hacer averiguaciones solamente, está hospedada en la Inclusa en una habitacion particular, hace cinco semanas, una señora piadosa, anciana, forastera y tia del padre del espósito. Por su parte la superiora, que es amiga de la señora anciana, la ayuda de tal modo en sus pesquisas caritativas, que no omite la menor diligencia, ya recogiendo declaraciones de testigos, y ya tomando otros datos para saber el paradero del niño. Esta hermana de la caridad conoció á Genoveva cuando la epidemia desolaba el pais. Yo la he dicho que la criada del cura del Valneige estaba aquí, pasando los dias y las noches al lado de un montañes moribundo; y entonces ella, deseando recoger mas datos y otras noticias secretas que pueden ayudar á la señora forastera á hacer constar la existencia y la identidad del hijo de su sobrino, ha dispuesto venir las dos inmediatamente á examinar á Genoveva: con que informadla de la visita y de las intenciones que traen las que se la vienen á hacer. Para ella debe ser este un negocio de importancia,

puesto que se trata, por una parte, del honor de su hermana Pepita, y por otra de devolver un nombre á una familia, y una fortuna á un niño por quien Genoveva debe estar interesada.

—Sí,—dige á mi amigo,—está interesada efectivamente y mucho por ese niño, sobre todo, ahora que cree haberle vuelto á encontrar en el niño de Lucía, que veis allí en el patio jugando con mi perro de caza, y cuya figura y sensibilidad os ha sorprendido, viéndola ostentarse continuamente junto al lecho del pobre enfermo. Voy á informar á Genoveva de esta visita y á decirle que se prepare.

Sali en seguida.

## CLXIX.

Quando llegué al cuarto del enfermo, ya estaban en él la superiora, la forastera, Genoveva y Lucía, metidas en una conversacion animada, que denotaba por la alteracion de las facciones y por el acento de las palabras los diferentes sentimientos que tomaban parte en ella. Desde luego me propuse oír y callar, á no ser cuando Genoveva pedia mi auxilio con una mirada suplicante.

## CLXX.

—Pero hablemos francamente, señora,—decia Genoveva á la forastera, mujer de edad avanzada y cuyo traje revelaba una posicion distinguida,—¿quién ha podido informaros de las relaciones de vuestro sobrino con mi hermana, y daros noticia, nada menos que del nacimiento de un niño, fruto de su amor y de un matrimonio clandestino?

—Lo sé por dos testigos, señorita,—contestó la forastera con una tranquilidad extraordinaria y con una dignidad amable;—primeramente, por el sacerdote ligero y culpable, que, habiendo ejercido temerariamente su sagrado ministerio en una union ilegal y oculta, se arrepintió despues y lo confesó en la hora de la muerte á su obispo, rogándole á este que hiciese saber á nuestra familia lo